

group of scholars working on this language in the twentieth century.

This is a very accurate linguistic description of the Old Nubian language, which presupposes a good knowledge of at least Greek, and also Coptic and general linguistics. As the only representative access to this particular language, it is a perfect instrument for an approach and full understanding of its intricacies. The collection in which this Grammar appears is perhaps responsible for the concision of the work. The volume would however benefit from a glossary in order to follow all the examples in the morphology and syntax sections (but see Browne's *Old Nubian Dictionary*, Louvain, 1996, with *Appendices*, Louvain, 1997). Also useful would be an *index locorum*.

SOFÍA TORALLAS TOVAR

CURZON, Robert, Jr., *Ancient Monasteries of the East or Visits to Monasteries in the Levant*, Picataway (New Jersey): Gorgias Press, 2001, xxiii + 390; ilustr.

Publicado por vez primera en el año 1849 (*A Visit to the Monasteries of the Levant*), y luego con cambio de título en 1854 (*Ancient Monasteries of the East*), la presente obra es el fruto de un largo viaje de cuatro años, entre 1834 y 1937, a diversos centros monásticos situados en Egipto, Siria, Albania y el Monte Athos. El interés que motivó estos viajes fue el de consultar y adquirir manuscritos antiguos y libros, material que –junto con sus vivencias y recuerdos– serviría para conformar el relato de este libro, un clásico de la literatura de viajes del XIX por tierras orientales.

El autor de esta y otras célebres obras de viajes, Sir Robert Curzon (1810-1873), además de ser conocido como el 14º barón Zouche de Harringworth, es una de las figuras más relevantes en el ámbito libresco inglés del XIX, pues dedicó buena parte de su vida y no poco esfuerzo a la búsqueda y adquisición de libros, lo que le llevó a formar una riquísima colección que gozó de gran fama durante sus días.

De los avatares y circunstancias que le llevaron a realizar el viaje y a poner por escrito todo lo sucedido y experimentado da cuenta el autor en el “Prefacio” que abre la obra (pp. iii-iv). El motivo principal de este viajero inglés era visitar los monasterios orientales, para reflejar la estética de los lugares idílicos en los que se hallaban enclavados, describir los caminos y parajes que conducían a ellos, enumerar a los personajes y las prácticas en la que se empleaban sus

monjes, la formación cultural de éstos, diferencias doctrinales entre los diversos grupos cristianos orientales, la arquitectura y disposiciones de las *lavrae* con las diferencias existentes entre las iglesias griegas y las latinas, diversas cuestiones litúrgicas o la situación de las iglesias orientales bajo el dominio islámico.

También los diversos encuentros con otros viajeros que visitaban aquellos parajes atrajo la atención de Curzon, así como las costumbres, prácticas alimenticias y cuadros costumbristas de las diversas localidades por las que discurrió su largo viaje. Todo ello se encuentra sintetizado en el “Capítulo introductorio” (pp. xv-xxiii).

El libro consta de veintiocho capítulos repartidos entre los nueve epígrafes que estructuran la obra. Los títulos de dichos epígrafes y los temas fundamentales que desarrollan la narración son los siguientes:

1. “Egipto en 1833” (caps. I-VI, pp. 1-65). El autor se ocupa de la descripción de su embarque y viaje hasta Alejandría, su llegada y los primeros movimientos en la ciudad para visitar a las autoridades (egipcias y consulares). De valor son sus cuadros de personajes, vida urbana, temas de conversación, etc. por distintos lugares egipcios hasta su llegada a El Cairo. Descripción del Nilo y sus canales, los diversos barrios cairetes y las costumbres de sus moradores.

Incluye, asimismo, detalles de la entrevista de Curzon con el jedive Muḥammad ‘Alī Bāšā, con una pormenorizada descripción de la ciudadela, sus elementos arquitectónicos y decorativos, así como sus gentes, concluyendo con descripciones e impresiones de los diversos lugares visitados, además de unas pinceladas introductorias sobre las comunidades coptas.

2. “Los lagos del Natrón” [*Wādī l-Naṭrūn*] (caps. VII-VIII, pp. 66-91) está centrado en la descripción de los monasterios coptos del “Desierto de Nitria”, el lugar, sus características y estado de abandono en la época, las jerarquías monásticas, notas sobre el ascetismo egipcio en el siglo IV, diversas leyendas del desierto, descripción de los conventos de Baramūs y Dayr al-Suryān, con unas notas sobre sus bibliotecas y los manuscritos allí contenidos.

Además de los monasterios coptos se ocupa también de los abisinios, la frondosidad del lugar en el que se hallan situados, cuadros de los monjes abisinios, la austeridad de sus vidas, la práctica escrituraria, pictórica e iluminadora de los monjes abisinios, así como sus bibliotecas y manuscritos.

3. “El Convento de la Polea” [*Dayr al-Adrā'*] (cap. IX, pp. 92-101). Este epígrafe se centra exclusivamente en este monasterio, describiendo el lugar en el que se halla enclavado, el acceso al mismo, las gentes que pueblan el monasterio, así como el convento mismo con el plano de la iglesia, además de las alusiones que incorporó sobre los libros y los manuscritos allí guardados.

4. “Monasterios abandonados en Tebas” (cap. X, pp. 102-112). En él nos informa el autor acerca de los monasterios localizados en la necrópolis de Tebas, con interesantes notas sobre una serie de manuscritos pertenecientes a esos centros monásticos que se hallaban derruidos en los días en que Curzon los visitó acompañado de un carpintero copto que los “custodiaba”. El relato de diversas leyendas, entre ellas las relativas a historias de fantasmas, sirven al autor para concluir sus notas sobre el lugar.

5. “El Monasterio Blanco” (cap. XI, pp. 113-122). Este célebre monasterio y el conocido como “Monasterio Rojo” ocupan este epígrafe el que nos describe el lugar y el entorno del primero de los dos: su construcción, la iglesia, el baptisterio, la biblioteca; también el segundo, aunque de modo muy sucinto, aludiendo además en las luchas existentes entre las tribus del lugar y diversas leyendas del desierto contadas por varios contadores de leyendas del medio: Abraham y Sara y una Vida apócrifa de Moisés, entre otras.

6. “La Isla de Filæ, etc.” (cap. XII, pp. 123-142). Este epígrafe introduce un variopinto cuadro descriptivo y naturalista del medio: catarata de Asuán, el lugar de enterramiento de Osiris, el gran Templo de Filæ, además de una serie de cuadros costumbristas y relatos de corte legendario.

7. “Jerusalén y el Monasterio de San Sabas” (caps. XIII-XVI, pp. 143-181). Este epígrafe, decididamente denso y repleto de noticias, incluye el relato del viaje a Jerusalén, con una descripción del Valle del Gihón, el aspecto de la ciudad, el convento latino de San Salvador, visita y descripción de la Iglesia del Santo Sepulcro y sus diversas capillas y estancias a lo que acompaña una serie de argumentos sobre la autenticidad de este lugar, así como de la invención de la cruz y la consiguiente leyenda de la misma por parte de la emperatriz Helena.

Añade, asimismo, descripciones de la “Vía Dolorosa”, la prisión de Pedro, lugar del emplazamiento del Templo de Salomón, la mezquita de ‘Umar, datos sobre manuscritos y el árabe coloquial de Jerusalén;

datos en torno a la “teoría islámica” de la no crucifixión de Jesús; situación de los judíos jerosolimitanos: sus casas, sus mujeres, la interpretación de las Escrituras realizada por éstos; los samaritanos y su texto del Pentateuco. La expedición al Monasterio de San Sabas (Mār Sābā) le sirve a Curzon para suministrarnos noticias sobre los salteadores de caminos, describir el Valle de Josafat y el “puente al-Širāṭ”, entre otras informaciones, para entrar de lleno en la descripción del Monasterio: historia de San Sabas, los eremitas griegos, la Iglesia, la Iconostasis, la biblioteca y sus manuscritos, pasando luego a describir el Mar Muerto y sus zonas aledañas.

La vuelta a Jerusalén nos lleva, de nuevo, a la Iglesia del Santo Sepulcro y la rica descripción de las procesiones de los coptos, ofreciendo informaciones sobre los maronitas sirios y los griegos y la gran afluencia de peregrinos, entre otras varias noticias donde destaca la llegada de Ibrāhīm Bāšā.

8. “Los Monasterios de Meteora” (caps. XVII-XXI, págs. 204-281). El periplo por Albania le lleva a realizar una sintética exposición de la situación de la zona, sus gentes y varios sucesos. Tras varias entrevistas con el visir del lugar y con la proximidad de la guerra parte para Meteora. Describe Curzon gentes y lugares, situaciones y costumbres hasta su llegada a Meteora, donde queda maravillado ante el sorprendente marco del lugar.

El autor ofrece información sobre las cuevas de los ascetas, la persecución de éstos por parte de los ladrones. Describe la localización y situación de los monasterios: los monasterios de Barlaam, de Hagia Triada, de Hagios Stefanos, de Hagia Roserea, centrándose en sus iglesias, bibliotecas, refectorios, etc. Especial importancia concede a la gran *lavra* de Meteora: su iglesia, iconos, prácticas, biblioteca y manuscritos, concluyendo con el relato del viaje de vuelta hasta Corfú.

9. “Monasterios del Monte Athos” (caps. XXII-XXVIII, págs. 282-390). El lugar de partida de Curzon para alcanzar el Monte Athos fue Constantinopla, donde debió obtener el firmán del Patriarca para poder acceder a Monte Athos. Paisajes, cuadros atmosféricos, leyendas... aparecen combinadas con las descripciones de las costumbres de los monjes y de los monasterios: Santa Laura, Caracalla, Filoteo, Iverón, Stavroniketa, Pantocratorias, Sfigmenu, Kiliantari, Xenofu, etc. para acabar regresando a Constantinopla,

Estambul, punto en el que concluye la obra.

Abundantes datos, valiosas descripciones e informaciones de valor, entre otros logros, constituyen el aval de esta imponente obra de viaje. Curzon sabe conjugarlo todo de modo inteligente, con una prosa ágil y un sentido pictórico de la narración realmente excitante. Los cuadros se suceden de forma prodigiosa al vuelo de la pluma del autor, donde la mezcla de la recopilación informativa, junto con la exposición de impresiones y sensaciones, además de la recepción de leyendas y determinadas prácticas de las gentes con las que se fue encontrando a lo largo del camino. Se trata, por lo tanto, de una obra necesaria, indispensable para conocer el medio geográfico y vital que Curzon supo captar de modo tan espléndido como magistral en este clásico.

JUAN PEDRO MONFERRER-SALA

CHRISTYS, Ann, *Christians in al-Andalus (711-1000)*, Richmond (Surrey): Curzon Press, 2002, XIV + 231 pp.

El libro que ahora reseñamos representa la versión de lo que en origen fue la Tesis Doctoral de la autora. Abre con un “prefacio y agradecimientos” (pp. VI-VII) donde señala el interés despertado en la autora por el tema del “christian response to the islamic conquest of Hispania” y los agradecimientos a todas aquellas personas y profesores que se cruzaron en su camino a lo largo de la elaboración de su trabajo, sobre todo a su Director el Prof. Ian Wood de la Universidad de Leeds. Sigue un listado de abreviaciones utilizadas (pp. VII-IX) y otro de emires y califas omeyas andalusíes, reyes de Asturias y de León (pp. X-XI); además de tres mapas (pp. XII-XIV): uno de la división de al-Andalus / Reinos cristianos en la “marca superior”, otro del itinerario de Eulogio por Navarra y el tercero del noroeste hispánico en el siglo X.

El libro está estructurado en nueve capítulos (pp. 1-186) a los que siguen las notas (pp. 187-206), la bibliografía (pp. 207-225) y un breve índice de nombres, obras y materias (pp. 226-231). El primer capítulo (“Introduction”, pp. 1-13, notas en pp. 187-188) sirve a la autora para plantear, contextualizar y, en buena medida, justificar su obra, acertando desde el punto de partida al precisar que “the christians of al-Andalus, living on the ‘wrong’ side of the frontier, seem to have been consigned to a footnote to the history of al-Andalus” (p. 2) y dando como ejemplo evidente el de H. Kennedy (*Muslim Spain and Portugal*, London: Longman, 1996) que despacha dos siglos de cristianismo andalusí en tres